

vamente amante del fasto, supo que el Santo empezaba á hacerse de algunos discípulos, á quienes atraía con sus virtudes y prodigios. En su consecuencia, le mandó prender y llevar á Maheldagdar ó Maheldegeral, ciudad del país de los Riziquitas, poco distante de Susan. Juntamente con él fueron presos el sacerdote Ambrosimo y el diácono Sina, discípulos suyos.

A todos se cargó de cadenas, y azotó dos veces, para obligarles á que sacrificasen al sol; pero léjos de ceder á las exigencias del tirano, despreciaron su cólera y los tormentos con que los amenazaba, y no cesaron de alabar á Dios por la gracia que les había concedido de sufrir por su santo nombre.

El gobernador, á quién agradaba mucho la caza, dispuso una muy célebre en las montañas vecinas. Era en el mes de octubre, y ordenó que fuesen llevados allí los santos confesores, con objeto de darles muerte. Levantó su tribunal para interrogarles, y una vez que le fueron presentados, dijo á Milis con tono imperioso: « Respóndeme: ¿ eres un dios ó un hombre? ¿ cual es tu religión? ¿ que dogmas profesas? Manifiesta ante todos los presentes la sabiduría de que te jactas, para que, instruyéndonos en tu doctrina, podamos seguirte; pero si te obstinas en no manifestar lo que se enseña en tu secta, te prometo que te haré morir con el mismo género de muerte que se dá á las bestias que se cojen en este bosque. »

Comprendió fácilmente el santo obispo la intención con que le hablaba el gobernador, y le respondió: « Soy un hombre y no un dios: en cuanto á las demás preguntas que me haceis, no puedo exponer á oídos profanos, como os vuestros, los misterios sagrados de nuestra religión. Hé aquí, sin embargo, lo que puedo deciros: ¡ Desgraciado de vos, tirano impío y criminal, y de todos los que se os asemejan, porque os habeis rebelaros contra Dios y su santa re-

ligión! Sabed que Dios os juzgará despues de vuestra muerte, y os entregará á las tinieblas y á las llamas que tiene preparadas para castigar vuestro orgullo: pues habiendo recibido de él los beneficios temporales de que gozais, en lugar de manifestarle vuestra gratitud, os haceis más insolente y soberbio. »

Esta generosa respuesta excitó el furor del tirano, que se levantó bruscamente de su silla, y sacando el puñal que llevaba á la cintura, se arrojó sobre el Santo, y se lo clavó en la espalda. Al mismo tiempo Narsez, su hermano, no ménos irritado que él, sacó el suyo, y le atravesó el vientre. Este fué para el Santo el golpe más venturoso y deseado, porque, despues de proporcionarle la palma del martirio, le abrió las puertas del cielo. En el momento en que iba á entregar su espíritu al Criador, hizo esta terrible predicción al gobernador y á su hermano: « Puesto que os habeis unido para haceros culpables de un mismo crimen, derramando sangre inocente, mañana en este mismo lugar y á esta misma hora os dareis muerte el uno al otro: los perros beberán vuestra sangre, las aves de rapiña devorarán vuestras carnes: vuestra madre será privada en un mismo dia de dos hijos, y vuestras esposas quedarán viudas. » Dichas estas palabras, espiró.

El tirano no hizo caso de esta amenaza; ántes bién ordenó que el sacerdote Ambrosimo y el diácono Sina fuesen precipitados desde una eminencia, y cubiertos de piedras. Al dia siguiente continuó su cacería, sin acordarse siquiera de la amenaza de san Milis, que no tardó en ejecutarse. Un ciervo se salió del recinto del bosque: el gobernador y su hermano se empeñaron en perseguirle, y cogiéndole en medio de ambos, le disparaban sus dardos; pero la justicia de Dios que quería vengar la muerte de san Milis y de sus compañeros, dispuso las cosas de tal manera, que en lugar de herir á la fiera, lo hicieron el uno al otro. El dardo del

gobernador fué derecho al vientre de Narses, y el de éste al pecho de su hermano, y ambos cayeron muertos en el mismo lugar en que el día anterior habían dado muerte al santo mártir. Todo lo demás de su profecía se cumplió literalmente: los perros bebieron la sangre de aquellos impíos: y las aves de rapiña devoraron sus cadáveres: porque era costumbre entre los persas no enterrar á los muertos, hasta que estuviesen consumidas las carnes, contentándose con encerrar los huesos en el sepulcro. La fama de este suceso, cada una de cuyas circunstancias justificaba la profecía de san Milis, se divulgó por toda la provincia, y todos los que lo supieron se llenaron de terror.

Los cuerpos de los tres santos mártires fueron trasladados aquella misma noche á una aldea llamada Malcán, cuyos habitantes les hicieron una honrosa tumba. Estas santas reliquias fueron para este lugar como un muro de defensa contra sus enemigos, pues se notó que los árabes que hacían frecuentes incursiones á esta provincia, no pudieron nunca poner el pié en esta aldea.

Se dice en la vida de san Milis que, juntamente con sus compañeros sufrieron el martirio el día trece de la luna de noviembre: es decir, según la cronología de Assemani, el 5 de noviembre del año 341. Tales son las verdaderas actas de san Milis escritas por san Marutas, como hemos dicho al principio. En el historiador que acabamos de citar puede verse su justificación, tanto en la advertencia que pone á la cabeza de la traducción que hizo del original siríaco, como en las notas con que ha enriquecido toda la obra.

Eusebio de Cesarea habla con mucho encomio de san Milis. Le llama el ornato de los obispos de la Persia, un hombre santo y un doctor muy versado en el conocimiento de las sagradas Escrituras. Sozomeno se expresa en términos no ménos honrosos. Los griegos hacen también gran-

des elogios de él en el día 10 de noviembre. El Menologio del emperador Basilio lo pone en el día 13 del mismo mes, y los Coptos hablan de sus virtudes en su *Sinaxario* bajo el nombre de Nilo ó Milo, en el día 7 de febrero y en el 25 de abril. La iglesia latina le dá conmemoración el 22 de febrero. Pero es preciso notar que en los *Méneos* de los griegos y en el *Sinaxario* de los Coptos, así como en el *Menologio* de Basilio, hay muchas cosas que es preciso corregir según las actas verídicas que acabamos de exponer.

§ IV. — *San Barsabio, cenobiarca, y sus compañeros, monjes y mártires.*

Es preciso no confundir á este Santo con san Barsabeo, diácono y mártir de quién se habla en el Martirologio romano en el día 11 de diciembre. Son dos santos diferentes, pues en ninguna parte se dice que el diácono san Barsabeo hubiese profesado la vida monástica.

San Barsabio gobernaba una comunidad compuesta de doce religiosos, que vivían en una disciplina muy estrecha, como puede presumirse por la constancia con que sufrieron el martirio. Unos hombres impíos los denunciaron al gobernador de Astahar ó Astachar, ciudad muy importante de la Persia en otro tiempo, próxima al río Bandemir y á las ruinas de la antigua Persépolis, que fué durante mucho tiempo capital del imperio persa. « Barsabio, le dijeron, corrompe las costumbres, se vale de sortilegios, combate la doctrina de los magos con objeto de que se acepte la suya, y trabaja para destruir la religión. »

En vista de semejante acusación, mandó el gobernador á algunos soldados para que, juntamente con sus religiosos, le trajesen encadenado, y le presentasen ante su tribunal, en donde se les atormentó cruelmente para obligarles

á renunciar á su fé: pues se les agujerearon las mejillas, les destrozaron los brazos, les azotaron despiadadamente, les cortaron las narices y las orejas, y les sacaron los ojos. Viendo el tirano que los santos varones, léjos de rendirse á su voluntad, sufrían sus horribles tormentos sin demostrar en sus rostros la más leve señal de pena ni de impaciencia, y que perseveraban invencibles en su resolución, ordenó que se les decapitase fuera de la ciudad.

Así se hizo, siguiéndoles una inmensa multitud al lugar del suplicio, y henchidos de gozo sus corazones al ver que no tardarían en poseer el premio de sus sufrimientos y de sus virtudes. Cantaban himnos y salmos bendiciendo al Señor, que se dignaba concederles la gracia de derramar su sangre por la gloria de su santo nombre.

Se reservó á san Barsabio, para que fuese decapitado en último lugar. Al tiempo que los demás religiosos eran ejecutados, acertó á pasar por la inmediaciones un mago seguido de su mujer, de dos de sus hijos y de algunos amigos, el cual, viendo reunida tan grande multitud, quiso saber cual era la causa de un concurso tan extraordinario. Adelantóse, abriéndole paso uno de sus criados, y cuando llegó al lugar de la ejecución, vió que san Barsabio entonaba gozosamente cánticos sagrados, y que exhortaba á los demás á morir valerosamente presentándolos él mismo á los verdugos uno en por de otro.

Este espectáculo no pudo ménos de impresionarle, y Dios le abrió al mismo tiempo los ojos del espíritu, haciéndole ver sobre las cabezas de los que ya habían sido decapitados una llama en forma de cruz que desprendía un resplandor maravilloso. La gracia penetró en su alma con esta visión: se sintió lleno de un santo horror, y bajando con presteza del caballo que montaba, dejó su vestido, tomó el de su criado, y aproximándose á san Barsabio le dijo al oído la visión que acababa de tener, y le rogó que le presentase

al verdugo para ser asociado al sacrificio de sus religiosos: « Yo comprendo, le dijo, que Dios me ha escogido para atestiguar con mi sangre la fé que vosotros profesais. Creo sinceramente que el Dios que adorais es el único verdadero, y lo confieso con toda la fuerza de que es capaz mi alma.

San Barsabio, conmovido al ver la gracia que Dios había concedido á este afortunado hombre, dándole á conocer la verdad, lo presentó á los verdugos para que lo decapitasen. Habían ya muerto nueve, el mago hizo el número de diez: los tres que restaban presentaron gozosos el cuello, y por último, san Barsabio fué inmolado despues de todos. Sus cabezas fueron llevadas á la ciudad para ser colocadas en el templo de Vénus, con el fin de inspirar temor al pueblo, y se dejaron sus cuerpos en el campo, para que fuesen pasto de las bestias feroces y de las aves de presa.

No tardó en saberse la conversión del mago con todas sus consecuencias, y la generosidad con que se había entregado al martirio. La noticia se divulgó por todo el pais, y muchos paganos, movidos con su ejemplo, renunciaron á la idolatría, y abrazaron la fé de Jesucristo. Su mujer y sus hijos fueron de este número, así como muchos de sus parientes y amigos. Todos recibieron el santo bautismo, y pasaron su vida en el temor del Señor y en el ejercicio de la piedad.

San Barsabio y sus compañeros sufrieron el martirio algunos meses despues de san Milis, de quién hemos hablado en el artículo anterior; es decir, el tres ó el diecisiete de junio del año 342, que era el trigésimo del reinado de Sapor y el tercero de la persecución que este príncipe impío declaró contra la Iglesia.

Añadiremos aquí las actas de san Schiahdurt ó Sadoth, que sucedió á san Siméon en el obispado de Seleucia, y fué martirizado en la misma persecución con otros ciento vein-

tiocho cristianos; pero como en el original Siriaco traducido por Assemani, no se dice que ninguno de ellos fuese monje, sino que sólomente se habla de sacerdotes, de diáconos, de clérigos y de vírgenes consagradas á Jesucristo, no debemos hablar de ellos. Es verdad que en la historia que, según Metafraste, ha dado Lipomán, en lugar de clérigos pone monjes y religiosas, lo cual ha seguido Tillemont; pero hemos preferido atenernos al original siriaco que consideramos más seguro.

Se dice de todos estos Santos en general: 1º que fueron presentados al rey Sapor, que entónces habitaba en Seleucia aldea de las inmediaciones. 2º Que durante cinco meses se es tuvo en prisiones infectas y tenebrosas. 3º Que durante este tiempo se les hizo comparecer varias veces ante el tribunal para obligarles á que adorasen el sol, y que, habiendo rehusado hacerlo, fueron azotados y condenados á otros tormentos. 4º Que despues se les prometió en nombre del rey perdonarles, y darles libertad, siempre que renunciassen á su fé. 5º Que san Schiahdust respondió en nombre de todos, que estaban resueltos á sostener la misma verdad: que no tenían más que una misma voluntad, y que se hallaban dispuestos á todos los tormentos que se les hicieran sufrir, y á dar su vida por la fé. 6º Que, viéndoles el rey firmes en esta resolución, ordenó que se les condujese fuera de la ciudad, y que fuesen decapitados. 7º Que durante el camino cantaban salmos, y que, cuando llegaron al lugar de la ejecución, bendijeron al Señor por la gracia que les concedía de morir por la gloria de su santo nombre, y se animaban unos á otros á derramar su sangre por Jesucristo, y por último, que todos recibieron el golpe mortal, que les abrió las puertas del cielo, á excepcion de Schiahdust, que, cargado de cadenas, fué conducido á Lapet, en donde se les cortó la cabeza. Su martirio tuvo lugar el 8 de febrero del año 342.

§ V. — *San Bademo, cenobiarca y mártir.*

Muchos sabios, que se dedicaron á coleccionar las actas de los Santos, han dado la relación del martirio de san Bademo, fundándose en un manuscrito griego de la biblioteca Barberina: Este se encuentra en Lipoman, Surio, Hensquenio y en las actas sinceras de dom Ruinart, que lo han atribuido á un monje contemporaneo del Santo; pero Arsemani que nos ha dado el original siriaco con la traducción latina que de él se ha hecho, asegura que san Marutas fué su autor. Esta traducción es la que seguimos aquí.

En el año 375 de Jesucristo, el 36 de la persecución de Sapor, y el 66 de su reinado, fué detenido y encarcelado san Bademo por órden de este príncipe. Era natural de Bethlapet, de una casa noble y muy rica; pero estas ventajas no fueron suficientes para que el mundo le halagase. Repartió sus bienes á los pobres con objeto de ejercitarse sin obstáculo alguno en las prácticas de una sólida piedad, no pensando en otra cosa que en llevar una vida santa, y en cumplir fielmente la voluntad divina.

Al propio tiempo trabajaba en la salvación de los demás, dirigiendo santas instrucciones á los que venían á visitarle, recibiendo con tierna y sincera caridad á los pobres, y procurando consolarles en sus trabajos, é inspirarles paciencia y sumisión á la voluntad de Dios.

Tan dulce y compasivo como era para con los demás, tan severo era para consigo mismo. Con frecuencia pasaba semanas enteras sin tomar alimento alguno, y cuando lo tomaba, no consistia más que en pan y agua. Sus vigiliass igualaban al rigor de su abstinencia. Comenzaba ordinariamente su oración por la tarde, y la continuaba durante toda la noche, teniendo en este tiempo sus manos levantadas al

cielo, y ofreciendo á Dios sus plegarias, que eran tanto más aceptas, cuanto más pura era su alma. Así es que podía decirse, como hace notar su historiador, que con esta pureza de corazón se elevó hasta Dios, subió al monte santo del Señor, recibió la bendición del Salvador, y contempló cara á cara al Dios de Jacob. Sus costumbres fueron inocentes: jamás conoció el crimen: los vicios huían de su presencia, y las virtudes le rodeaban como compañeras inseparables.

Tal era este excelente solitario cuando fué encarcelado con otros siete monjes. En una oscura prisión se les tuvo durante cuatro meses, sujetándolos tres veces á la tortura, en que se les atormentó cruelmente; pero como dice su historiador, los que sufrían triunfaban de los que les hacían sufrir.

Había en la misma prisión un personaje muy distinguido, llamado Narsés y por sobrenombre Marajas, que era señor de la ciudad de Arnunés. Este señor era cristiano, y fué encarcelado por no querer adorar al sol. Pero su piedad se fué relajando insensiblemente, y no terminó su carrera como la había empezado. Seducido por los bienes temporales, y cautivado por el amor de las cosas perecederas, antepuso á la fidelidad que debía al Rey de los cielos, el favor de un rey de la tierra, y declaró que estaba dispuesto á hacer lo que se le ordenara.

El rey Sapor quiso saber si su mudanza era sincera, y para asegurarse de ello, ordenó que se quitasen las cadenas á san Bademo, y se le condujese á Lapet, en un paraje llamado Narfact, en que estaba el palacio real, y que se le uniese Narsés, pero encadenado. Se le dijo al propio tiempo que, si quería recobrar su libertad, era preciso que matase con su propia mano á Bademo. Ordenó también que dos señores de su corte le acompañasen, para que fueran testigos de lo que sucediera, y se lo participasen.

El pérfido Narsés acepto la condición, y cuando llegó al

lugar en que estaba el Santo, sacó su espada para ejecutar la órden del rey. San Bademo, viéndole dispuesto á herirle, le miró con aire severo, y le dijo: « Narsés, has perdido la razón en tu vejez; ¿no tienes horror de derramar la sangre humana? ¡Desgraciado de tí! ¿que harás, y que esperanza podrás tener, cuando comparezcas ante el tribunal de Dios? Es muy dulce y consolador para mí dar testimonio de la fé de Jesucristo; pero yo desearía recibir el golpe de otra mano que de la tuya. »

Narsés quedó sobrecogido de temor, y de vergüenza; se turbó, palideció, pero resistiéndose á los gritos de su conciencia, levantó la espada, y con mano temblorosa descargó cuatro golpes sobre la cabeza del Santo. No tardó, sin embargo, mucho tiempo en sufrir la pena de su crimen: pues además de que los paganos que estaban presentes le cargaron de improperios, ménos horrorizados de su crueldad que de su alevosía, murió también al poco tiempo al golpe de otra espada.

Se arrojó el cuerpo del Santo fuera de la ciudad; pero algunas personas piadosas lo llevaron de noche para darle honrosa sepultura. En cuanto á los siete discípulos encarcelados con él, permanecieron en su prisión cuatro años despues, y fueron puestos en libertad despues de la muerte de Sapor.

En el mismo año se dió muerte á los santos. Abdas y Ebedjesu, obispos, á dieciseis sacerdotes, nueve diáconos, seis monjes y siete vírgenes consagradas á Jesucristo, cuyas actas pueden verse en la colección de Assemani. Como aquí no hablamos más que de los monjes, y sufrieron los mismos tormentos que los otros, basta decir en general, que, despues de haber sufrido muy malos tratamientos, se les dió muerte á golpe de espada; pero no en un mismo dia ni en un mismo lugar, San Abdas, juntamente con los sacerdotes, con los diáconos y los monjes, fué decapitado